

LA PALABRA QUE HUMILLA, LA PALABRA QUE SEDUCE, LA PALABRA EQUIVOCADA:

# Sobre el buen y el mal decir (parte final)

POR ANDREA SALAMOVICH DE ROSENBERG

Sin duda las palabras, administradas de manera sabia, certera, controlada, pueden otorgar a un hombre un poder casi ilimitado. Disponer su orden, saberlas administrar, procurar los adjetivos exactos, escoger el momento más oportuno para permitirles vuelo propio, entretejer además los silencios necesarios para tensar el drama, son ejercicios de la razón y la estética que constituyen un arte, y en su cara bifronte, un vicio, que ha sido explotado a lo extenso de la historia humana ya para alcanzar los más loables objetivos, ya para lograr los más infames fines. Todos entre nosotros con seguridad hemos presenciado algunos discursos de Hitler grabados en archivos filmográficos; tanto el lenguaje verbal como el no verbal puestos allí en macabra escena, adquieren claros ribetes apocalípticos hasta el punto que, desde la perspectiva actual, resulta imposible pensar que fueron a la postre demasiados, sí demasiados, los que sin embargo permanecieron en territorio minado tras esas auténticas condenas de muerte dictadas por un exaltado juez y verdugo. La figura pesada del Führer, de continuo exhibiendo una curvatura notoria que le llevaba a extender cabeza y cuello a severa distancia del torso recto, como la cabeza de un dragón que de pronto se adelanta, abandona al cuerpo del mal para lanzar a la víctima una última y feroz llamada, esa figura, digo, solitaria en un espacio desmesurado -lo que le infundía una teatralidad insuperable además del individualismo del caudillo o del Sumo Sacerdote-, instalada frente a un público y unos símbolos (los enormes lienzos luciendo swásticas de gruesos ribetes negros sobre un fondo de dramático rojo-sangre) casi geoméricamente ubicados, no podía sino impresionar. Pero la articulación de sus palabras, el rictus iracundo, desmesurado, con el que escupía sus discursos igual que un perro rabioso que luce su espumeante hocico al son de unos ladridos inusualmente potentes, ya dejaban entrever, ay D's, en la oscura cavidad de su lengua y paladar, el abismo sin fin de Auschwitz. ¿Será por eso que aún hoy, esté donde esté, huyo del idioma alemán como del diablo, me es imposible ver un film en ese idioma e intolerable escuchar hasta la más cándida conversación entre dos teutones enamorados?

## Palabra que humilla

Claro está, el anterior es un elocuente ejemplo no sólo del servilismo cómplice del pueblo alemán que, con contadas excepciones, sirvió a Hitler en sus delirios exterminadores, en buena medida atraídos -no hipnotizados como sugieren algunos tontos e indulgentes- por su verborrea populista, frenética, chovinista, abiertamente xenófoba y totalitaria, sino también del poder persuasivo de la palabra.

Adonai Natan ve Adonai Lakaj, D's da y D's nos quita, dice un fundamento básico de nuestra fe que acota en buen trecho el libre albedrío del hombre, sí, pero en este círculo aparentemente hermético donde el principio y el fin están enajenados de nuestras manos, en esta estrechez del círculo vital entregado al designio todopoderoso que pareciera prohibir la intromisión de otro agente, caemos en cuenta, unos antes, otros después, unos por experiencia propia, otros como espectadores de una trama ajena, de que el hombre también puede matar a otro hombre mediante la palabra. Quizás

• **"Y válganos el mérito de sus sílabas y letras y mociones y acentos y los Nombres que emanan de ellos y de las letras iniciales y finales de sus sílabas, para expiar nuestras culpas y nuestras faltas y nuestros pecados y arrancar los malvados y extirpar todas las zarzas y espinas que rodean la Azucena Superior y unir a la Esposa de la Juventud con su Amado..."**, dice la súplica anterior a la recitación de los Salmos de David, los conmovedores "Tehilim", que, aunque escritos hace miles de años, interpretan de modo intimista y contemporáneo los distintos estados del alma. De más está decir que la citada referencia se ajusta a las letras hebreas, las cuales según las corrientes más místicas del judaísmo recogidas por el Zohar, poseen valores y significaciones intencionadas en sí mismas de origen divino. Sin embargo, es innegable que las palabras, sea cual sea la lengua que las aglutine, envuelven mundos específicos que al ser desplegados implicarán siempre una consecuencia. Lánguida o brutal, pero una consecuencia al fin. En contraposición al adagio hecho cliché que reza que "a las palabras se las lleva el viento", es plausible advertir que las palabras permanecen levitando en la conciencia y en la memoria -individuales o colectivas- mucho después que los labios que las hubo remontado a la vida se hayan marchitado.

no de un modo fisiológico, mas sí en un nivel moral, espiritual y hasta anímico (en el sentido de que tras cierta emisión de palabras que tumban y humillan de forma particular a un individuo, éste podría perder el apetito por la vida). Y aunque hoy esté muy en boga aquello de la resiliencia, aquello de pararse cual mono porfiado, cual dibujo animado que cae en un precipicio insondable para luego ponerse de pie incólume y de buena gana, lo cierto es que continúan existiendo muchos, tantos, a quienes mataron unas palabras de rechazo o desaprobación, de ácida crítica o de sarcasmo, de ridiculización o desdén. Por eso, y aunque agradezco el gesto del Papa Benedicto XVI de condenar en la gran sinagoga de Colonia el antisemitismo histórico y los nuevos brotes de judeofobia, quisiera decir que es un tanto tarde, que ya murieron millares de judíos en virtud de las lenguas emponzoñadas de purpurados, obispos, curas y predicadores. Pero existe otro tipo de casos, en que la estocada verbal puede venir del íntimo, de un consanguíneo inclusive, y tener tan honda repercusión en nuestra médula más esencial, que se les considera detonantes claves de una determinada autoestima o, más aún, de las heridas que irán a buscar cicatrización en un objeto artístico. Es el caso del escritor judío checo Franz Kafka, en quien su relación con la figura dictatorial, vigorosa, impenetrable de su padre, Hermann Kafka, estamparía marca única en su ser y, de forma convincente, también su obra literaria. En el doloroso texto "Carta al Padre", recogido de una larga misiva que escribiera el literato pero que en definitiva no llegaría jamás a su destinatario, observamos cómo las palabras iracundas del padre han sonsacado las palabras de desnudo reproche del hijo: "Recuerdo, por ejemplo, con frecuencia nos desvestíamos juntos en la misma caseta de baños. Yo, delgado, débil, esmirriado; tú, fornido, alto, de anchas espaldas. Allí mismo sentía vergüenza de mí, no sólo delante de tí, sino ante todo el mundo, porque tú representabas para mí la medida de todas las cosas... Hace poco me preguntaste por qué digo que te tengo miedo. Como es habitual, no supe qué contestarte; en parte, porque en la justificación de dicho miedo intervienen demasiados pormenores para poder exponerlos con una aceptable consis-

tencia. Y si, valiéndome de esta carta, procuro responder a tu pregunta por escrito, lo haré, a no dudar, de forma muy incompleta, ya que, aun escribiendo, el miedo y sus efectos me atenazan cuando pienso en tí, y porque las dimensiones del tema exceden con mucho los límites de mi memoria y de mi entendimiento".

## Palabra que seduce

Pero si la palabra persuade o humilla, tal como se ha visto, puede también seducir. "El Cantar de los Cantares", de autoría desconocida aunque atribuido al rey Salomón, estuvo en muchas ocasiones presto a ser extraído de los textos sacros debido a la peligrosa sensualidad, a los pasajes tan bellos como lujuriosos que, leídos desde una literalidad vulgar, bien podían encender el deseo de los lectores y avalar sus proezas. A la postre se le dio a la obra poética una lectura alegórica mediante la cual el amante no era sino D's y la amada, el pueblo de Israel. De seguro adivinaban algunos sabios puritanos o en demasía prudentes que la verbalización, escrita u oral, sobre la hermosura de la carne, de una carne en particular, la confesión de que se tiene sed de esta carne tierna, una sed urgente, constituía en definitiva una invitación más provocativa y seductora que la consumación del acto sexual mismo: "Qué bella eres, amiga mía, pero qué bella / tus ojos son palomas / entre el velo / tu cabello es como rebaño de cabras / que bajan desde el monte Galaad... como cinta de grana son tus labios, / qué hermosa es tu boca; como trozos de granado son tus sienes / entre el velo... son tus pechos como dos cervatillos / mellizos de gacela, / pacen entre rosas".

Estas palabras que seducen, que tientan aun sin ofrecer garantía alguna de materialización, son, al contrario que en otros ejemplos analizados, dadoras de vida. ¿Quién por el hecho de sentirse deseado o por desear en silencio incluso, no quiere vivir más, hincarle el diente a la vida con mayor ímpetu? El mismo Kafka prefirió vivenciar sus amores a través de un formato epistolar que tejía un cómodo velo de distancia entre quien busca y quien es buscado, entre quien admira y quien es admirado. A Milena Jersenká, apasionada intelectual checa pero que residía en Viena, lo que la

tornaba en un imposible por ser además casada y gentil, le escribió devotamente nuestro Kafka entre 1920 y 1922. Sólo un ejemplo: "...Lejos de tí no puedo vivir sino entregado completamente a la angustia, más completamente que lo que ella quisiera, y lo hago sin que me obliguen, encantado, me vierto en ella". Lo que es a mí, si me permiten la indiscreción, es un no-judío, el gran Vicente Huidobro, quien me hace envidiar a la mujer deslumbrante -seguramente la frágil Ximena Amunátegui- que pudo inspirar semejantes versos: "Mujer el mundo está amueblado por tus ojos / Se hace más alto el cielo en tu presencia / La tierra se extiende de rosa en rosa / Y el aire se prolonga de paloma en paloma... Al irte dejas una estrella en tu sitio / Dejas caer tus luces como el barco que pasa / Mientras te sigue mi canto embrujado / Como una serpiente fiel y melancólica / Y tú vuelves la cabeza detrás de algún astro...".

## La palabra equivocada

Es evidente que la Metapsicología Freudiana estudió de forma exhaustiva el ejercicio de la palabra oral y de la escrita, no sólo para dilucidar ciertas fobias, obsesiones y patologías psíquicas en general, sino también para exhumar, desenterrar la verdadera causa de que usásemos una palabra en particular en lugar de otra similar para describir una cuestión personal, como un sueño inquietante o un recuerdo doloroso. Ya sabemos que para el maestro judío vienés nada, ningún gesto, era fortuito o producto del azar sino que provenía del Ello, el inconsciente donde se agazapan los instintos de muerte (Thanatos) y libido, y que de vez en cuando no lograban ser filtrados a tiempo por el Super Yo, la conciencia represora, castradora, que actúa inhibiendo los impulsos primarios en pos de los patrones culturales aceptables. En ese sentido, una palabra bien podía delatar al paciente rigurosamente tendido sobre el diván. Pero sin duda los casos más conocidos dentro de la Teoría del Psicoanálisis son los llamados actos fallidos que, explicados de forma simple, constituyen errores que cometemos de manera no intencional ni consciente y que, por su mismo cariz automática, revelan la matriz de nuestras auténticas motivaciones. Un ejemplo clásico: El individuo X lleva días buscando su fina lapicera, regalo de su padre, mas no la puede hallar. Sin embargo, en cuanto su mujer le dice que ha reconsiderado las cosas y que ya no desea que firme los papeles del divorcio, el individuo X encuentra de inmediato su lapicera en una gaveta cualquiera. La "rectificación", como la llamaba Freud, en este caso hubiese sido: para el padre del individuo X el divorcio era simplemente impensable dentro de una familia. Ahora bien, si nos abocamos en específico a un lapsus linguae, el más trágico de los ejemplos resulta también el más explicativo: el amante que en plena ebullición pasional, susurra al oído de su acompañante el nombre de otra. El único nombre prohibido entre ambos.

En efecto, no existe fotografía, escrito o testigo que pueda decir más acerca de nosotros mismos, que aquel nombre o palabra que nos resistimos a emitir aun en la más completa soledad. Nuestros demonios yacen de continuo en aquello que nos es inenarrable.